



CAPITULO XV

CORRIERON los días, y se aprobó el acta de don Simón, como se lo tenía prometido el Ministro; se constituyó el Congreso, y dieron comienzo los primeros debates políticos, apareciendo en escena los *guerrilleros* parlamentarios, como en avanzada de los expertos capitanes que habían de salir más tarde á dar las batallas decisivas. Ya para entonces nuestro diputado había conseguido vencer el estupor en que vivió los primeros días, efecto de la alta idea que se había formado del mérito de cuantos le rodeaban en el salón; idea que le acoquinaba hasta el punto de no atreverse á mirar á nadie á la cara, por si le aludían y le obligaban á tomar la palabra *de repente*, lo cual le hubiera hecho el efecto de un rayo sobre la mollera. Sereno, pues, y en completa posesión de sí mismo, todo se volvió ojos y oídos.

Podía ver y oír de cerca á aquellos hombres *extraordinarios* que sabían pronunciar discursos como los que él había leído tantas veces en las reseñas de las sesiones; discursos llenos de substancia y elocuencia; discursos que le revelaban oradores de majestuosa apostura y de irresistible autoridad, hasta en el menor de sus ademanes. De sus labios estaría pendiente el Congreso entero, unas veces convencido, otras veces indignado; pero siempre bajo la influencia poderosa de aquel chorro de elocuencia.

¡Inútil afán el suyo! Cuanto más miraba y más quería oír, menos hallaba lo que iba buscando. Había allí verdadera fiebre habladora; pero ¿quién de los que hablaban valía el trabajo de ser oído diez minutos con paciencia? De aquí que no se sorprendiera maldita la cosa al observar que mientras un orador de mala facha y peor estilo se desgañitaba echando pestes por la boca, manoteando sobre el banco delantero y tragando vasos de naranjada, entre consulta y repaso á sus apuntes, los poquísimos diputados que quedaban en el salón se entretuviesen en hacer pajaritas de papel, en despachar su correspondencia, ó en chupar los caramelos del presidente; *dulzuras* de que provee á este personaje abundantemente el Estado, teniendo en cuenta, quizá, que para soportar la amargura de ciertas horas, no basta

un muelle sitial de terciopelo, por muy elevado que se ponga.

De vez en cuando oía don Simón conceder la palabra á un diputado cuyo nombre le era bastante conocido.—«Vamos—pensaba,—ahora irá lo bueno.» Pero tampoco le salía la cuenta; porque se levantaba una figura ruín y mal trajeada, que, con voz de grillo mal emitida, soltaba un aluvión de párrafos enmarañados que nadie se tomaba la molestia de desenredar; ó un finchado presuntuoso que entre período y período de su discurso ponía una eternidad de paseos en corto, estirones de chaleco, montaduras de lente y mares de agua con azúcar; ya un perezoso desaplomado Adán que parecía *sacar* las pocas y desmadejadas frases que decía, á fuerza de restregarse contra el banco y de tirar de sus bragas hacia arriba; ó un mozo encanijado y presumido, que sin ciencia, sin virtudes, sin voz y sin palabra, quería convencer como los sabios y convertir como los justos; ya un osado boquirubio, cuyo único afán era medir sus fuerzas con las de los *padres graves* del Parlamento, que se guardaban muy bien de replicarle; ya un viejo atrabiliario, cuyos furores causaban risa y cuyos chistes hacían llorar de compasión; ya una especie de cuáker mugriento, demagogo impenitente, que vociferaba sobre

justicia y amor al prójimo, no en nombre de Dios, á quien negaba blasfemo, sino de una razón que parecía faltarle á él, ya que no á los que en santa calma le escuchaban... De todo, en fin, veía y oía, menos lo que era de esperar, dada la reputación de ciertos nombres aceptados por la opinión pública, si no como tribunos de primera fuerza, cuando menos como *oradores distinguidos*. ¡Qué valdrían cuando don Simón se creía capaz de terciar en un debate con el más guapo de todos ellos?

Verdad es que el afán, que empezaba á comerle, de echar su cuarto á espadas, le hacía ver las cosas más á su alcance de lo que en rigor estaban.

Desde luégo era para él evidente, y en esto no se equivocaba, que la redacción del *Diario de Sesiones* se encargaba de convertir en un discurso perfecto la más completa sarta de desatinos. Y suplida con este auxiliar su carencia absoluta de nociones retóricas y hasta gramaticales, ¡quedábanle tantos estímulos que le aguijoneaban! ¡Había en el Parlamento unos detalles tan seductores para él!... Aquellos galoneados ujieres llevando sobre la argentina bandeja el vaso de agua azucarada para el orador, tan pronto como éste comenzaba á hablar; aquellos taquígrafos anotando escrupulosos cuanto se dijera y se accionara; aquellos

diálogos entre la presidencia y el diputado, sobre la intención de cierta frase; aquellos discretos entre las mismas dos *potencias*, con los cuales terminaba siempre el altercado; aquellas tribunas atascadas constantemente de *aficionados* que seguían sin pestañear todos los incidentes de una sesión; aquellas señoras tan elegantes, entre las que podían figurar su mujer y su hija; aquellos diplomáticos que tal vez se apresuraran á comunicar por telégrafo á sus respectivos Gobiernos el efecto de un discurso pronunciado á tiempo y de cierta manera... no imposible para él, si se le daba *punto* conveniente y no mucha prisa; y por último, y sobre todo, aquel *pais* que le contemplaba y que al día siguiente había de comenzar á pronunciar su nombre, y á enterarse del asunto y á tomarle por lo serio... ¡Cielos, y cómo envidiaba á los que, más osados ó más prácticos... ó más apremiados por las circunstancias, se lanzaban desde luégo á la pelea! ¿Qué importaba allí el temple de los argumentos? ¿Qué más daba que fuesen éstos de acero que de cartón? ¿Decidían acaso las razones aquellos debates? Mal podía ser así cuando sólo se enteraban de ellos los taquígrafos y algún que otro curioso por observar, no *lo que* se dijera, sino *el modo* de decirlo.

—*¿Qué se vota?*—era la pregunta obligada de todo diputado al entrar en el salón de sesiones

después de oír la campanilla que anuncia afuera á los dispersos que ha concluído de discutirse un asunto y va á comenzar una votación nominal; y según que el sustentante fuera de *los suyos* ó del *enemigo*, se les respondía:

—«Vote usted que sí,» ó «vote usted que no.»

¡Con semejante criterio se resolvían (y continuaban resolviéndose) los asuntos de más transcendencia para la patria!

¿Tan insensatas eran, teniendo esto en cuenta, las pretensiones de nuestro diputado?

Poco á poco, aquella mar ligeramente agitada comenzó á encrespase rugiendo; soplaron los huracanes de la pasión política, y se desencadenó la tempestad. Entonces se dejaron ver los *dioses mayores* de aquel Olimpo, los cuales, como Júpiter en el de la Mitología, nunca aparecen sino entre rayos y centellas. ¡Peregrina *misión* la suya!

Durante aquel período turbulento, ¡qué escenas presenció don Simón! ¡qué refriegas! ¡qué motines! ¡qué escándalos!

Una vez eran dos atletas del Parlamento, que del uno al otro lado del salón se lanzaban mutuamente los dardos más agudos y los dicerios más envenenados: *partido sin pudor*, *grupo faccioso*, *hombre funesto*, *pandilla hambrienta...*

Tales piropos eran lo menos que se decían,

entre el silencio más absoluto de la Cámara y la curiosidad febril de las tribunas, de las cuales se desbordaban racimos de humanas cabezas con los ojos fijos en los combatientes, las cejas arqueadas y la boca abierta. Y cuando don Simón, pasada la tempestad, los veía salir del salón por diferente puerta, «esos hombres—pensaba—van á matarse ahora.» Y salía tras ellos azorado; y se los hallaba... comiendo, en un mismo plato, sendos pasteles de crema en el ambigú de la casa.

Lejos de continuar allí la batalla empezada adentro, parecían, con sus cáusticas sonrisas, decir de la nación entera lo que del público aquellos dos cómicos al pararse jadeando entre bastidores, después de haber cruzado en la escena sus aceros, y de salir el uno persiguiendo al otro, entre frenéticos aplausos y gritos de indignación:

—«¡Estúpidos! ¡Veinte veces nos han visto hacer lo mismo, y todavía no se convencen de que todo ello es una farsa!»

Otra vez eran dos fracciones políticas que, bramando de ira, se levantaban en masa, la una contra la otra. ¡*Facciosos!*—gritaba la de la derecha.—¡*Pancistas!*—respondía la de la izquierda. Y los gritos y las amenazas, y el estruendo de doscientas voces y de dos mil porrazos llenaban el *Santuario de las leyes*, y hasta las figu-

ras pintadas en el techo parecían temblar y querer despegarse del lienzo para romperse el cráneo contra los mármoles del hemiciclo. Pero aquella tempestad no se había revuelto porque la fracción de un partido inutilizara propósitos de otro, encaminados á proporcionar algún bien á los pueblos. Cuando de esto se trataba, ya sabía don Simón que los bancos se quedaban desiertos y el presidente dormitando. Semejantes tumultos siempre eran provocados por alguna palabra suelta que no era del agrado de la fracción á la cual se dirigía.

En ocasiones se discutían hechos, ó se desenterraban expedientes, tras de los cuales aparecía la honra de algún diputado enemigo en el mismísimo traje que llevar suelen á la cárcel ó á presidio los reos vulgares. Y aquellas discusiones provocaban otras parecidas en son de represalias; y siempre acusando los unos y respondiendo los otros «más eres tú,» llegaba á dudar don Simón si aquello era el patio de un correccional, ó, como se le aseguraba, una *respectable Asamblea de legisladores*.

Entre tanto, ¿era el noble afán de purgar aquella atmósfera de ciertas impurezas lo que movía á los acusadores á descubrir tales gatupeños?—No por cierto: era siempre el espíritu de partido; ó mejor, el odio de *partida*; pues frecuentemente se promovían estos edificantes

debates entre dos agrupaciones que, juntas y en amigable inteligencia, habían saboreado poco antes las dulzuras del presupuesto. Probábalo también la curiosa circunstancia de que, pasada la refriega, quedábanse en sus bancos los acusados tan padres de la patria como el más caballero, y tan frescos y descansados como la madre que los parió.

Lo que estos escándalos y aquellos tumultos y los otros motines atolondraban á don Simón, no hay para qué decirlo, conociendo, como conocemos, su sencilla buena fe.

Pero más que los mismos sucesos le admiraba el poco rastro que dejaban en aquella casa. Buscándole con afán, se iba el buen hombre de pasillo en pasillo y de salón en salón; mas no hubiera dado con él ni la nariz de un sabueso. Se gritaba en unos corrillos, se cuchicheaba en otros y se agitaban todos... y bullía entre ellos el redactor de *La Correspondencia* con el lápiz en una mano y las cuartillas de papel en la otra, apuntando lo que se decía, lo que se pensaba y hasta lo que no se había soñado; y don Simón, tomando de cada grupo las frases necesarias, sólo sacaba en limpio que todo aquel hervidero humano era un puro cabildeo para tirar un día más en el poder los que mandaban, ó para hacérselo soltar los que le querían. En cuanto á la nación, en cuanto á la

moralidad, en cuanto á lo ocurrido adentro... ¡como si habláramos de la China! Ya nadie se acordaba de esas *pequeñeces*.

—Me parece—se atrevía á decir entonces don Simón á algún compañero más viejo que él en el oficio, pero no más entusiasta del sistema,—que no se observa aquí la mayor formalidad... Quiero decir que con estos enconos políticos, el país no gana cosa mayor.

—¡El país va al abismo, señor de Peñascales!

—¡Qué me cuenta usted?

—La verdad, compañero. Esto es una farsa, créalo usted.

—¡Hombre!... no me atrevía yo á decir tanto.

—Pues atrévase usted, aquí que no nos oye la patria.

—Luego, es decir que todo esto de Parlamento...

—Es una calamidad. Aquí no hay más que ambiciones personales, con las que es imposible todo gobierno.

—Tiene usted mucha razón.

—¡Y siempre sucederá lo mismo!

—De manera que si *esto*, que es notoriamente malo, se suprimiese...

—¡Jamás!—gritaba entonces el veterano enardecido.—¡Yo soy muy liberal!

—¡Oh, en cuanto á eso, también yo!—replacaba el novel, contoneándose, y hasta mirando con cara de lástima al primer tradicionalista que casualmente pasara á su lado frotándose las manos.

—¡Vivir sin Parlamento es vivir fuera del siglo! ¡caer en la abyección!

—¡Y en la *iznorancia*!—concluía, ahuecando la voz, el *ilustrado* Cerojo, que en su vida había gastado media peseta en libros que no fueran «rayados, para cuentas.»





CAPITULO XVI

DON Simón de los Peñascales, como todo diputado, y á mayor abundamiento ministerial, recibía por docenas y cada día, las cartas de sus amigos y electores, y en todas ellas le pedían algo estos apreciables caballeros, desde un destino hasta un sombrero; desde una recomendación para el otro mundo, hasta la colocación de una nodriza ⁽¹⁾. Porque á un diputado se le considera en su distrito capaz de los imposibles, y, por ende, se le cree, y se le hace, el mejor y más barato agente de negocios en Madrid. El de nuestra historia, que creía darse importancia correspondiendo á tantas y tan raras exigencias, destinaba dos días de la semana á aquéllas que tuvieran que ver con los

(1) Histórico.

centros oficiales, y encomendaba las de más baja estofa al cuidado de doña Juana.

¡Era de ver lo que pasaba en los ministerios cuando don Simón entraba en ellos, á las horas marcadas por los ministros para recibir á los diputados, cargado de pretensiones y atacados sus bolsillos de memoriales!

Sus compañeros, que siempre madrugaban más que él, habían caído ya sobre el terreno como nube de langostas. Uno quería un gobierno de provincia para su hermano; otro una alcaldía en la isla de Cuba para sí mismo; otro, un juzgado para su pueblo; otro, una administración de aduanas para un primo arruinado por la causa de la libertad; otro, la destitución de un funcionario probo que se oponía tenazmente á ciertas pretensiones de su familia; otro, un ascenso; otro, una cátedra... en fin, por pedir, se pedía allí hasta la luna; y el ministro, ó el subsecretario, en su deseo de complacerlos á todos, teclaba sin cesar sobre los botones de las campanillas, á cuya música iban apareciendo los altos empleados que podían entender en aquel cúmulo de solicitudes.

—Es imposible—se oía decir en un lado.—No hay plaza vacante.

—Pues créela usted.

—No lo consiente el presupuesto.

—Haga usted un cesante en tal parte.

—Es un empleado antiquísimo é inteligente.

—Mi recomendado es un consecuente liberal.

—Tiene siete hijos.

—Que los mande á una casa de Caridad.

—*En fin*, le complaceremos á usted.

—¿Y de qué procede esa cantidad que se reclama?

—De inicuas cesantías sufridas en tiempos de gobiernos reaccionarios.

—No es bastante motivo; y aun cuando lo fuera, no estamos facultados...

—Es una friolera todo ello.

—¿Á cuánto asciende la *indemnización*?

—Á setenta mil reales.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Porque no hay fondos de qué sacarlos.

—Yo digo que sí.

—¿De cuál?

—Del de calamidades públicas, por ejemplo.

—Está agotado; y además, tenemos al clero y á los maestros de escuela sin pagar, medio siglo hace.

—Y á mí ¿qué me importa? Lo que usted debe tener presente es que mi recomendado es en su pueblo el mejor agente de la política del Gobierno; que es un incansable propagandista

de ella, y que tal vez á sus esfuerzos heróicos debo yo mi elección.

—*En fin*, hablaré con el jefe y trataremos de complacerle á usted.

—¿Y cómo va mi asunto?

—Regularmente.

—No basta eso.

—Hay un obstáculo muy difícil de vencer.

—¿Cuál?

—El fallo del Consejo de Estado, enteramente contrario...

—¡Demonio! ¿De cuándo acá?

—Desde esta mañana. Aquí está á la aprobación de S. E.

—¡Es preciso que se revoque ese fallo!

—No lo veo fácil.

—Pero yo lo veo necesario. Con él se perjudican los intereses de mi familia hasta un punto que usted no puede concebir.

—Todo eso está bien; pero...

—No hay pero que valga.

—*En fin*, hable usted con el jefe, que, si quiere, mucho puede hacer.

Todos estos diálogos y otros muchos por el estilo, oía don Simón á su entrada en los mi-

nisterios, mientras se abría paso entre aquel enmarañado laberinto de pretendientes y otorgantes; y en semejante ocasión, como era bastante novel en el tráfico para haber perdido el rubor por completo, solían saltarle á la cara algunas chispas de él... lo cual no le impedía llegar con sus peticiones al punto en que habían de ser atendidas. Verdad es que él no iba á pedir nada para sí ni para su familia; pero también es cierto que pedía para sus amigos ó protegidos, y que jamás, al pedir, preguntaba: *¿es justo?*, sino *¿es posible?*

El rubor, pues, de don Simón, no dejaba de ser algo farisáico.

Pocas de estas visitas á aquellas verdaderas *casas de contratación* necesitó para conocer el *ingrediente* con que se adherían de una manera tan tenaz las huestes ministeriales al poder. Ciego hubiera sido para no verlo, y aun para no distinguir entre la nube invasora, más de un rabioso opositor que tocaba el cielo con las manos cada vez que, fuera de allí, oía hablar de destinos concedidos al favor, ó del caudal de la patria despilfarrado. Porque resulta que los gobiernos al uso, ya porque se les defiende, ya porque no se les pegue con mucha fuerza, lo mismo necesitan ser rumbosos con sus huestes que con las enemigas.

Lo que nunca vió bien claro don Simón fué

lo repugnante del papel que él mismo desempeñaba entre aquellos hombres, de cuya conducta, y con razón, se escandalizaba. Muchos de ellos no vivían, sin embargo, de otra cosa, ni adivinar les era fácil de qué vivirían cuando en el cargo cesaran, ó *los suyos* cayeran.

Pero él, hombre rico, mucho más, infinitamente más de lo que necesitaba para el sostenimiento, muy lujoso, de su corta familia, ¿por qué cobraba en credenciales y en preferencias de los ministerios, un apoyo á *todo trance* que daba al Gobierno, sin más criterio ni mayor dignidad que si fuera un *suizo* asalariado?

Y no es extraño que no lo viera. Merced á esos procedimientos, se plantan de un salto junto al poder supremo, y son dueños de echar por la ventana la casa de la nación, muchos hombres que, fuera de ella, no tienen una triste buhardilla en qué albergarse, y otros que, teniendo mucho más, necesitan subir á grande altura para conseguir que alguien los contemple y acaso los envidie. Don Simón, como sabemos, era de estos últimos. En él podía la vanidad lo que la ambición ó el hambre en otros muchos.

Y si esto no fuera cierto, ¿por qué habían de hacerse las elecciones á garrotazos casi siempre? ¿Por qué un diputado, cuantas más ve-

ces lo es, con más afán desea volver á serlo?

Pues qué, ¿tanto abunda el verdadéro patriotismo que sea necesario conquistar á tiros la *molestia* y el *pesar* de abandonar la propia casa y la familia y los negocios, por ir á cuidar de los ajenos?

